

LA LIRA ESPAÑOLA

REVISTA LITERARIA.

MORALIDAD.

INSTRUCCION.

RECREO.

A LA MEMORIA

DE LA EMINENTE POETISA

DOÑA GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA.

«La envidia desconoce á los vivos y se enamora de los muertos.»

LA LIRA ESPAÑOLA, nacida para exhalar las inspiraciones de nuestros vates y derramar el rocío de sus cantos sobre esta tierra calcinada por el fuego de las discordias políticas, cuando apenas había comenzado á preludiar sus acordes y á elevarse al cielo de las eternas armonías, tiene que consagrar una de sus cuerdas para cantar el himno del dolor al borde de una tumba á donde ha descendido desde su trono de luz, el ángel que inundaba su frente en los resplandores del infinito. Si es ley de todo sér derramar una lágrima al aparecer en el mundo, y es un gemido la primera nota del concierto de la vida, nosotros cumplimos hoy también con esa ley ineludible.

¡Miserable destino de la criatura! ¡Ni el genio que surcaba los espacios como el águila para arrancar al sol su corona de rayos, y á las estrellas su guirnalda de diamantes; ni el genio que en un ala traía las confidencias del cielo, y en la otra se llevaba los suspiros de la tierra; ni el genio que nos condujo hasta los umbrales del edén, y señalándonos con el dedo el puerto de nuestra salvación, trazó en el dintel con caracteres de oro las palabras ¡amad, creed, esperad! ni el genio que tuvo mieles para endulzar nuestras amarguras, lágrimas para llorar nuestros pesares cantos para repetir nuestras alegrías, fantasma, para poblar nuestros sueños, ilusiones para embellecer nuestra vida, tempestades para purificar nuestro espíritu, flores para matizar nuestro camino, ninfas para acariciarnos en las noches y dejar en nuestros labios el néctar de la inmortalidad; ni el genio, en fin, que ha evaporado nuestra alma entera en los senos del infinito, haciendo que dejásemos sobre el mundo todas las inmundicias de la vida, como la gota que absorbe el sol de los turbios cristales del Océano y la convierte en perla para engarzarla á la diadema de los ángeles, puede suscribirse á la ley eterna de la mortalidad que encadena á todos los seres de la creación, desde el astro al insecto, deleznable átomo animado por el soplo de Dios para vivir un solo día y dormir perpetuamente en la noche de la nada.

¡Ah! la muerte del poeta que hoy lloramos, es una pérdida irreparable. Su caída es semejante á la de esos robles seculares á cuya sombra descansaron numerosos viajeros, y que troncha una ráfaga de huracán. Aquellos vuelven á buscar bajo sus ramas el encanto que disfrutaron, y sólo encuentran los restos esparcidos por la campiña, que parece llorar su muerte bajo el sudario de escarchas en que se envuelve.

La Avellaneda, nacida bajo el ardiente sol de Cuba, trasplantada á España como una flor delicada, para que perfumase las auras de los jardines de Andalucía, sentía en su seno correr toda la sávia de la inspiración y todo el fuego del entusiasmo poético. Y cuando la literatura parecía un cadáver que aguardaba la mano del sepultor que cavase su fosa; cuando el fanatismo del poder apagaba la centella del pensamiento; cuando la sociedad con sus ideas absurdas encerraba á la mujer en un círculo de hierro infranqueable, ella se lanzó con la audacia del genio, desplegó todas las alas de su fantasía, rompió las trabas que le rodeaban, y arrancó á su lira de oro acordes que no había vuelto á escuchar el mundo desde los tiempos de Safo y de Corina.

El genio español despertaba entonces conmovido por las sacudidas del romanticismo, que traía en su seno los gérmenes de la renovación del espíritu. Espronceda, Larra, Zorrilla y la Avellaneda son los principales apóstoles de aquella revolución literaria que abrió todos los horizontes del pensamiento e hizo florecer de nuevo la poesía que se ahogaba fatalmente en el invernáculo del clasicismo. Espronceda en versos inmortales cantó los misterios del espíritu y los desengaños de la vida, y creó la poesía del alma. Larra fué el anatómico de la sociedad descreída de su tiempo, y creó la crítica literaria. Zorrilla buscó en las tradiciones y la fé de nuestro pueblo asuntos para sus leyendas, y creó la poesía nacional. La Avellaneda se inspiró en las altas regiones del espíritu, buscando asuntos sublimes y magestuosos, y creó la poesía de las grandes formas. Ella tiene la brillantez de Víctor Hugo y la valentía del Jorge Sand, y cuando apareció por primera vez en nuestra patria, fué saludada como un nuevo astro en el Oriente de la poesía.

El movimiento literario había cundido por todas partes. Los poetas crecían en número prodigioso y para ellos eran todos los honores, como en tiempo de Felipe IV. Los liceos abrían sus puertas á la juventud ávida de gloria; y la lectura de una poesía ó la publicación de un libro, era un acontecimiento que ocupaba la atención del público durante muchos días. En medio de aquel entusiasmo, la Avellaneda sentía crecer su genio y se embriagaba entre el rumor de los aplausos que levantaban á su lado sus admiradores.

El Liceo de Madrid, pedestal de tantos ingenios, ciñó sus sienes con una corona de laurel de oro. El teatro arrojó á sus plantas guirnaldas de flores; músicas y serenatas resonaban bajo sus balcones, y la voz de la fama llevaba sus triunfos á todos los ámbitos de la Península.

Aquellos tiempos han pasado; hoy, la literatura vuelve á dormir como para cobrar nuevas fuerzas; á aquella época de actividad febril ha sucedido el período del desaliento, y en este período triste en que nos encontramos, cuando to-

dos los sentimientos nobles y levantados quieren postergarse, secando la fuente más pura y fecunda de nuestro ser; cuando el cálculo ha reemplazado al sentimiento y la Bolsa al Liceo, es cuando nuestra gran poetisa ha dejado de existir. Mucho habrá sufrido su alma al ver la transformación que se ha operado en el espíritu de nuestro pueblo; pero no tema que el sentimiento literario llegue por completo á apagarse; que mientras el genio tenga un cielo sobre su cabeza, la poesía tendrá un himno para encantar al mundo y consolar á la humanidad.

Al borde de su sepulcro nos inclinamos hoy para derramar una lágrima y colocar sobre su losa una corona tejida por la inmortalidad, donde se leen los nombres de *Alfonso Munio, Saül, Sab, Guatimozin, El día final, La Juventud*, nombres que sobrevivirán á las edades y que servirán en los días de postración y de decadencia para iluminar el genio, envuelto en la oscuridad, y señalarle el derrotero que conduce á la gloria.

LA REDACCION.

SUMARIO.

A la memoria de la eminente poetisa doña Gertrudis Gomez de Avellaneda, La Redaccion.—*América*, por Manuel Elizaburu.—*Fiamma*, novela escrita en francés por Souvestre, traducida por Juan Angel Sierra.—*Contemplacion*, poesía por la señora doña Gertrudis Gomez de Avellaneda.—*En el album de la señora doña R. P. de C.*, poesía inédita, por la misma.—*Los dos cielos*, poesía por G. Belmonte Muller.—*En el album de la señorita doña Angela del Rey*, poesía por Miguel Sanchez de Arellano y Pesquera.—*Mi ilusion*, poesía por Carlos Vieyra de Abreu.—*Bibliografía*.—*Revista de teatros*, por Mefistófeles.—*Charada*.—*Acertijo*.—Soluciones á las charadas del número anterior.—*Anuncios*.

AMÉRICA.

Las utopías no son más que verdades prematuras.

LAMARTINE.

Un día resonó en el espacio un trueno; centelleó en el cielo un relámpago, y penetró en un cerebro una idea: Dios había hablado, y su palabra se había dejado oír para un hombre tan solo.

Ese hombre, pobre de riquezas y rico de genio, desde aquel momento de sublime inspiración divina, sintió en sí una fuerza sobre humana, irguió su cabeza enorgullecida y potente con aquel pensamiento, y corrió á revelar su fuerza á los poderosos de la tierra, pidiendo prestado un buque, y ofreciendo como interés de

aquel préstamo *un mundo*; pero nadie quería, la ceguera de los tiranos le rechazó llamándole *visionario*, y la ignorancia de los pueblos se burló de él llamándole *loco*, palabras que son un pomposo título de gloria para esos en quienes fructifica por primera vez el germen de una idea, y que oponiéndose á la corriente universal que les es contraria á sus esperanzas, y cayendo luego en las garras de la envidia que les despedaza, despues de sus triunfos, pasan á la historia como mártires de la ciencia y como redentores de la ignorancia.

Aquel hombre, expulsado de todas partes, á todas partes iba; tenia fé, y la fé es la incontrastable fuerza del espíritu; creyó y salvó su idea; habia llegado á un pueblo, y ese pueblo le acogió, le oyó y le protegió; no le dió un buque, pero le dió tres, y aquel inspirado loco surcó el Océano en busca de la locura de su inspiración.

Dios hinchaba sus velas con el soplo de su aliento; un ángel iba á su lado sin abandonarle un instante, y él, puesta la mano en el timon, ponía á su vez los ojos en una estrella que le guiaba; muchos días pasaron así, y muchas noches corrieron de ese modo; sus compañeros de expedición empezaban á desesperar, viéndose siempre rodeados de bruma y sin que el horizonte se tiñera nunca con el colorido de una tierra; «agua y cielo nada más, decian: volvamos.» Pero él los miraba impávido, miraba la estrella, miraba á su ángel, sentia rechinar sus velas, veía la proa de su barco hendir las olas y callaba, pero sin rendirse en medio de aquel general desaliento.

¡Cuántas veces al volver la cara para dar el último adiós al camino recorrido, contemplaba al sol levantarse periódicamente á su espalda como un navío de fuego que flotaba en las olas; suspenderse luego en la perpendicular de su cabeza, como el único brillante digno de su corona, y esconderse, por fin, frente á frente, como queriéndole indicar con su propia ruta el ignorado camino, y diciéndole con una voz tan dulce como el crepúsculo de

la tarde: «¿Me ves? Pues por aquí voy á iluminar tierras feraces que me esperan; á calentar terrenos vírgenes que fecundo, y que un milagro de constancia te los va á enseñar á tí, hombre inmortal, orgullo del siglo xv y antorcha imperecedera que brillará por siempre en los anales del gé- nio humano. ¡Adios, sígueme!» Y le si- guió; y un día, en efecto, vió aparecer más allá del bauprés de su caravela una hada que se recostaba en un lecho de al- gas en medio del solitario y tumultuoso Atlántico, y que al sentir un ruido inusi- tado á su alrededor, se habia incorpora- do, y estática miraba aquel aborto del mar.

El viento cesó entonces y el ángel le- vantó el brazo, señaló la hada, sonrió y desapareció en el aire como una nube que se deshace; era la esperanza que se desvan- ecia ante la realidad. El hombre miró la hada, quiso contemplarla, pero le faltaron las fuerzas y cayó de rodillas al pié de su timon. Dios habia medido tan bien el po- der del hombre, que bastó para soportar las contrariedades. Alcanzó hasta la rea- lizacion de la empresa, pero se agotó en el momento de la contemplacion del pro- digio.

Era el máximum del poder del hombre; un poco más y el prodigio sólo podia ser realizado por un Dios. Fué la victoria del hombre contra la humanidad. Victoria digna de ser cantada en la epopeya de un Homero que reuniese en sí la inspiracion de todos los Homeros de la humanidad.

Ese loco cuerdo, ese visionario sublime, desgarró de este modo el velo de nieblas tras el cual se ocultaba entre la marejada esa hada que se llama América, patria adorada, tierra clásica de la democracia hoy, paraíso del mundo siempre, y que Cristóbal Colon soñó primero y casi creó despues ayudado de España é impulsado por su génio, al lanzarse en medio de las olas con solo una estrella por guia, la brújula, que como la de Oriente á los Ma- gos, le condujo, haciéndole descubrir el continente más hermoso del planeta,

cuando (digámoslo siquiera al final en desagravio de la historia) tan sólo pensa- ba hallar un nuevo derrotero marcado por la estela de su buque en las azules aguas del Océano.

Cuando Dios quiere empujar la loco- motora de la civilizacion, hincha sus cal- deras con el vapor del génio, y así ani- mada esa máquina divina del progreso, horada las montañas del espíritu y salva los obstáculos y precipicios con colosales puentes. El génio de Colon fué el vapor que le dió la vida para atravesar los campos que entrelazan dos momentos de la historia; nacido en los finales de la Edad media para descubrir un mundo en los comienzos de la Edad moderna, es el eslabon sublime que une en ese punto la cadena de la humana vida. Hombre crea- do expresamente para soportar la gigan- te sensacion de ver brotar á sus plantas una ignorada mitad de este planeta que se llama tierra.

Otro corazon que no hubiera sido el que se anidaba en el pecho del inspirado geno- vés, hubiera estallado de seguro ante la repentina presencia de aquel suelo, que se alfombraba de flores para recibirle, que ostentaba laureles para coronarle y que balanceaba sus palmas, como el simbolo de su victoria.

Así nació esa *virgen del mundo*, como la llama Quintana, desconocida hasta en- tonces de la Europa, y que se divisa cla- ramente al otro lado del Atlántico, desde que la sorprendió Colon adormida por el arrullo blando de las brisas, y recostada en el espumoso lecho de las olas que for- man los dos mayores mares del globo, reclinando su cabeza allá en los témpa- nos de hielo de uno de los polos, mientras descansaba sus piés en las cuajadas aguas del otro, y á la cual, por una in- justicia nunca olvidada y jamás perdo- nada, ni en la sucesion del tiempo, ni en la extension del espacio, se le dá por nom- bre *América*.

Manuel Elizaburu.

FIAMMA

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS POR

EMILIO SOUVESTRE.

(Continuación.)

II.

Nunca he conocido á mis padres y en un hospicio trascurrieron mis primeros años. Notando en mí más aplicación que en mis compañeros, la *hermana* encargada de nuestra instrucción me enseñó todo cuanto sabía, y merced á sus cuidados pude librarme de los trabajos brutales del taller y pasar á las oficinas del administrador el Sr. Latour, al que ayudaba en calidad de escribiente. Era este uno de esos perezosos, pero con astucia, que saben apropiarse las ventajas de un empleo, abandonando á otros su trabajo. Desde que pude reemplazarle lo dejó todo á mi cargo, no sin que encomiase mucho la prueba de confianza que en ello me hacía; sin engañarme esta pretendida confianza la acepté con gusto, pues era un medio que me proporcionaba el poder librarme de la vida comun que sufría desde mi infancia.

Regularmente no veía al Sr. Latour más que por la mañana, y el resto del día lo pasaba en el aislamiento más completo. Es necesario conocer la existencia regimentada de un hospicio para comprender la dulzura de la soledad; la acogí con una especie de delirio, y tratando de hacerla más completa y más larga obtuve permiso para dormir en la Administración con el pretexto de estar más pronto para el trabajo.

Así pasé días enteros en mi estrecho despacho, no viendo más que la copa de los alamos que se balanceaban delante de la ventana, y no oyendo otras voces que la de los pájaros que cantaban en los jardines.

Sin embargo, los trabajos de la oficina eran tan cortos que me dejaban bastante tiempo libre para poder consagrarme á la lectura de una biblioteca que poseía el Sr. Latour, muy desordenada, pero numerosa.

No podría explicar con claridad los delirios que me hicieron pasar estas lecturas sucesivas; en poco tiempo agoté la biblioteca del administrador, pero uno de sus libros se apoderó bien pronto de mis simpatías y fué para mí una especie de Evangelio: titulábase *Las mil y una noches*. ¿Y cómo no me hubieran podido halagar estas historias maravillosas en las que la justicia viene á dar eternos mentís á lo posible, yo que sentía toda la crueldad y toda la indigencia de la realidad? Desgraciadamente nada detenía mi imaginación una vez encaminada por esta senda. No sabiendo nada del mundo, no podía reconocer las fronteras de la fantasía. Exceptuando las hadas y los encantadores, para mí no había nada de falso en los relatos de Scheherazade.

¿No veía en el libro de la historia esas grandes aventuras que convertían á los pastores en pontífices y á los mendigos en reyes? ¿No sabía que muchas reinas habían dado su amor á hombres oscuros?... ¿Por qué no creer en estos azares comunes?...

¿Cuántas esperanzas insensatas concebí entónces, cuántos proyectos irrealizables! Tenía veinte años, y todos los deseos turbulentos de

una naturaleza vehemente comenzaban á hacerse sentir en mí; las aspiraciones del alma y los pensamientos más fantásticos se reunían para poblar mis noches de visiones ardientes. Todas las noches apercibía en sueños una de esas sultanas *más hermosas que el día*, que esperaba en un palacio encantado la llegada del desconocido que debía amar; me estendía los brazos, oía que me llamaba!...

Por una estraña singularidad, las mujeres que veía, lejos de conmovirme, me inspiraban una especie de repulsion. Asociadas á la realidad miserable y brutal que me rodeaba, no podía separarlas en mis impresiones; mi corazón buscaba más lejos y más alto el objeto de sus deseos.

No tardó la esclavitud del hospicio en volverseme insoportable. Oía desde mi cuarto el ruido de la sociedad donde se encontraba la realización de mis quiméricas ilusiones. Se me había hablado de peligros que tendría que correr, de monstruos que combatir y de dolores que soportar; pero era joven, ávido de placeres, y quise tentar la suerte.

Perdonad estos prolongados detalles: son indispensables para que comprendais lo que va á seguir; mi misma educación ha sido la que ha preparado mis sufrimientos y mi vergüenza.

Al salir del hospicio me había colocado como escribiente en casa de un abogado, que me llenaba de trabajo; la retribucion era tan pequeña, que para ganar lo indispensable para vivir tenía que estar todo el día trabajando, así es que únicamente salía de mi casa cuando las sombras de la noche comenzaban á envolver la ciudad. Arrojava entonces mi pluma y me iba á uno de los paseos mas solitarios, donde reanudaba mis locas fantasías.

Así que la oscuridad se había hecho tan densa que podía ocultar la pobreza de mis vestidos, me dirigía á otros más frecuentados, arrojando miradas ávidas á los grupos de hermosas mujeres que encontraba á mi paso, las contemplaba con estremecimiento en todas las venas, escuchaba el sonido de sus voces, aspiraba los perfumes que dejaban tras sí, y cuando desaparecían y me encontraba solo con la noche, una desesperacion profunda se apoderaba de mí; me dejaba caer en un banco aislado, ocultaba la cabeza entre mis manos y lloraba largo rato.

Sin embargo, no tenía ninguna aspiracion fija, mi atencion no se había detenido en ninguna mujer en particular, tenía religion sin tener altar, cuando la casualidad vino á dar un objeto á mis deseos. Enfrente de mi casa había un hotel cuyo propietario tenía por costumbre alquilarlo amueblado á los ricos extranjeros que se detenían en Lyon. Hacia algun tiempo que estaba desocupado, cuando al asomarme una mañana á mi ventana vi abierta la puerta y algunos tapiceros ocupados en las faenas de su oficio. A poco se abrió una de las ventanas y se asomó á ella una hermosa joven: ¡era la señora Lorcano!

Fiamma hizo un movimiento involuntario que no fué notado del presidiario, que únicamente se ocupaba de su relato.

—Puesto que conoceis á la signora, excusado es decirnos su belleza; ¡me impresionó tanto, que quedé como desvanecido! Era la primera italiana que veía, y hasta entónces ninguna de las mujeres que había visto tenía una nobleza

tan heroica junto á una gracia tan voluptuosa.

Después de haber mirado la calle, levantó los ojos hácia mí. Sin duda mis facciones expresaban mi asombro, porque ella enrojeció y abandonó la ventana.

Estuve esperando, aunque en vano, que volviese á aparecer en ella, y cansado de esperar, abandoné mi puesto y me puse á escribir; pero la imagen de la italiana no me abandonaba, se interponía sin cesar entre el papel y mi vista; volví más de veinte veces á la ventana.

Los días que siguieron, se pasaron con las mismas preocupaciones y las mismas dudas; estaba incapaz de continuar mi trabajo sin tener que interrumpirle varias veces.

Mi primer cuidado fué informarme quién era la extranjera: mi humilde posición me proporcionó tener relaciones con sus criados, y por ellos supe, al mismo tiempo que su nombre, algunos detalles de su vida. Estaba desposada con un hombre entregado á todos los excesos y al que además no amaba. Esta última circunstancia me explicaba las horas enteras que pasaba en el balcon del hotel, con la cabeza melancólicamente inclinada ante un libro que siempre tenía abierto en la misma página. ¡Muchas veces creí notar que se ocultaba para enjugar sus lágrimas!... Este descubrimiento hizo á la signora más bella á mis ojos; además de sus encantos tenía el de la desgracia: había un punto comun en nuestras dos existencias: el sufrimiento nos unía.

Algunos días después, la tristeza de la signora pareció aumentar, y sea que sus propias desgracias hubiesen arrojado en su alma algunas simpatías por las mías, sea que mi contemplación apasionada excitase su curiosidad, la sorprendí muchas veces con la vista clavada en mi pobre morada. Cuando amamos sin esperanza, la necesidad de librarnos de las torturas que sufrimos nos hace crédulos; el dolor se forma las mismas ilusiones que el orgullo.

Creí que la signora había fijado una mirada en el fondo de mi miseria, y que su compasión pudiera convertirse en un sentimiento más tierno.

Una vanidad como esta os parecerá ridícula; pero pensad que mi edad y mi naturaleza me predisponían á lo extraordinario; ningún límite separaba mis ojos lo probable de lo posible.

Una circunstancia inesperada acabó de afirmarme en mi error. Una tarde que la signora se encontraba, como de costumbre, en el balcon, se acercó á ella su tutor y la presentó una carta que tenía en la mano. Apenas fijó sus ojos en ella cuando se turbó; el anciano se apercibió sin duda, porque la replicó con una especie de impaciencia, entablándose entre ambos una conversacion que yo no oía, pero cuyos gestos y actitudes me indicaban su importancia. El tutor parecia emplear reproches muy vivos, á los que la signora respondía con súplicas tímidas. Al fin se marchó el anciano, y la jóven permaneció algunos instantes en un éxtasis profundo. De pronto, por una casualidad sin duda, que yo tomé por una intencion, sus ojos se volvieron hácia mí y sus manos se cruzaron con una expresion de angustia tan suplicante, que creí que me pedía socorro. Fuera de mí, extendí los brazos hácia ella y bajé mis cuatro

pisos sin saber lo que hacia. Cuando llegué á la calle corrí al balcon del hotel en el momento en que la signora lo abandonaba y un ramo caía á mis piés... Era suyo.

Juan Angel Sierra.

(Se continuará.)

CONTEMPLACION.

Baña ya el sol estraños horizontes;
el aura raya en la arboleda umbría,
y piérdese en la sombra de los montes
la tibia luz del moribundo día.

Reina en el campo plácido sosiego,
se alza la niebla del callado río,
y al dar al prado fecundante riego
cae convertida en límpido rocío.

Es la hora grata del feliz reposo,
fiel precursora de la noche grave;
torna al hogar el labrador gozoso,
el ganado al redil, al nido el ave.

Es la hora melancólica, sin ruido,
en que pueblan los sueños los espacios,
y en el aire que vaga adormecido
levantan sus fantásticos palacios.

En Occidente el Héspero aparece,
salpican perlas de zafíreo velo,
rico diamante en medio resplandece,
y á la trémula luz se esmalta el cielo.

¡Melancólica luz! ¡Rayo argentado!
¡Claridad misteriosa! ¡Qué me quieres?
¿Tal vez un leve espíritu encargado
de recoger nuestros suspiros eres?...

De breves dichas los recuerdos caros
en tu dulzura el corazon alcanza,
¿ó emanan, dime, tus destellos claros
del ángel bienhechor de la esperanza?

Tarde apacible y triste, yo te amo
y á tus visiones lánguida me entrego:
para mi frente y corazon reclamo,
tus líedas auras, tu benigno riego.

Quiero, apartada del bullicio loco,
respirar tus aromas halagüeños,
á par que en grata soledad evoco
las ilusiones de mis dulces sueños.

Céfiro suaves que pasais callando,
trémulas hojas, que temblais sin ruido,
y tú que en ellas con acento blando,
tórtola fiel, entonas tu gemido;

¡Cuánto halagais mi corazon llagado!
¡Cuál revivís mis muertas ilusiones!...
Dulce es la tarde al ardoroso prado;
dulce también á tristes corazones.

¡Oh, si animase compasivo el cielo
estos que vagan húmedos vapores,
término dando á mi incensante anhelo
y un objeto inmortal á mis amores!

¡Oh, tú, sin nombre en la terrestre vida,
bien ideal, objeto de mis votos,

dicha que sueña el alma, conmovida
con vagos goces en el mundo ignotos!

¿Quién eres? ¿Dónde estás? ¿Por qué no puedo
libre de la materia que me oprime
á tí llegar, y aletargada quedo,
y opresa el alma en sus cadenas gime?

¿Cómo volara hendiendo las esferas
si aquí rompiese mis estrechos nudos
cual esas nubes cándidas, ligeras,
del éter puro en los espacios mudos!

¿Mas dónde vais? ¿Cuál es vuestro camino,
viajeras del celeste firmamento?...
¡Ah! ¡lo ignorais!... Seguíis vuestro destino
y al vario impulso obedecéis del viento.

¿Por qué yo en tanto, con anhelo insano.
quiero indagar el fin de mi carrera?
¿Por qué del porvenir el alto arcano
mi mente ansiosa comprender quisiera?

¡Misera humanidad! ¡De tu ignorancia
la eterna lucha con tu orgullo ofreces!...
¡A lo infinito aspira tu arrogancia
cuando al peso de un átomo pereces!

El crepúsculo huyó: las rojas huellas
borra la luna en su esmaltado coche,
y un silencioso ejército de estrellas
sale á guardar el trono de la noche.

A tí te amo tambien, noche sombría;
amo tu luna tibia y silenciosa,
más que á la luz con que comienza el día
tiñendo el cielo de amaranto y rosa.

Cuando en tu augusta soledad respiro,
cuando contemplo tu profunda calma,
cuando tus astros pálidos admiro,
un religioso afecto inunda el alma.

Si su poder, su gloria, su hermosura
revela Dios del sol en los destellos;
si los recibe con ardor natura,
y vida inmensa resplandece en ellos;

Cuando benigna lágrimas derramas
y tu alma paz, la agitacion destierra,
bondad, clemencia y compasion proclamas,
y en tu seno de amor duerme la tierra.

¿De los secretos dulce protectora!
mientras tu sombra al universo envuelve,
mientras calla la vida agitadora
y el pensamiento en sueños se disuelve;

En torno de los vivos fatigados
que en tu seno de paz se adormecieron,
¡no vagan los espíritus amados
de aquellos ¡ay! que tus delicias fueron?

¡Oh noche, augusta noche! ¡te bendigo!
¡tiende tu manto en los sepulcros yertos:
es tu silencio del misterio amigo,
tu opaco luminar sol de los muertos!

Gertrudis Gomez de Avellaneda.

EN EL ALBUM

DE LA

SEÑORA DOÑA R. P. DE C.

(Inédita.)

Cuando á escribir me convidas

Vacilo entre dudas graves:

¿Te diré en frases sentidas

Que eres amada?... ¡Lo sabes!

¿Que eres hermosa? ¡Lo olvidas!

¿Las dotes de tu alma bella

Diré sin causarte enojos?...

¡Ah! no, que entre ellas descuella

La modestia que las sella,

Si bien las dicen tus ojos.

¿Diré, Rosario, el encanto

De tu amistad dulce, ardiente,

Que tanto comprendo, tanto?

Mas cuando el alma lo siente

Mal se define en el canto.

Pintarte me fuera grato,

Mas temo tu perfeccion

Y pluma y pincel abato...

¡Ah, si quieres tu retrato

Búscalo en mi corazon!

Gertrudis Gomez de Avellaneda.

LOS DOS CIELOS.

Iluminada por la blanca luna,
su leve gasa desplegada al viento,
quejándose tal vez de los rigores
ella miraba al cielo.

Sus miradas dejaban una estela
que los ángeles iban recorriendo,
cual misteriosa escala que enlazaba
su corazon y el cielo.

Al ver entonces sus azules ojos
fijos clavarse en el azul sereno,
la dije: «¡Nunca sorprendí hasta ahora
mirándose dos cielos!»

G. Belmonte Muller.

EN EL ALBUM

DE LA

SEÑORITA DOÑA ANGELA DEL REY.

Soñaba yo que un hombre mercenario
muchas perlas del cielo vió caer,
y del mar en el fondo solitario
se fueron á esconder.

Codicioso anhelando recogerlas
al fondo de las aguas descendió,

¡Si supieran los buzos que esas perlas
un beso las halló!

Y en vano alegre y lleno de osadía,
destruyó los palacios de coral
de la graciosa ninfa que dormía
en lecho de cristal.

¿Sabes por qué tras sus afanes sabios,
ni tan solo una perla halló en el mar?
¡Si estaban en la rosa de tus labios,
qué había de encontrar!

Miguel Sanchez de Arellano y Pesquera.

MI ILUSION

Á LA SEÑORITA DOÑA PILAR M.

.....
Las ilusiones perdidas
son las hojas desprendidas
del árbol del corazón.

ESPRONCEDA.

Yo era feliz, y lleno de ilusiones
deslizar vi los días con dulzura,
y ageno de este mundo á las traiciones
gozaba dulce paz, grata ventura.
Mas ¡ay! que los humanos corazones
encierran muchas veces la amargura,
y tras el blanco y palpitante seno
ocúltase traidor mortal veneno.

Era jóven y amé, y con fé pura
gigantesca pasion crecer veía,
y al lado de tan bella criatura
un soplo ha sido la existencia mia.
Mas ¡ay! que aquellas horas de ventura
volaron con mi loca fantasia,
y en los primeros años de mi vida
veo para siempre ¡mi ilusion perdida!

¡Tal es el mundo! y el que loco y ciego
forja en su mente vanas ilusiones,
cruel desengaño encontrará muy luego
y seco ya el raudal de las pasiones,
muerto en el alma el palpitante fuego
debían morir tambien los corazones.
Yo que ni en sueños mi esperanza veo,
ya ni en la paz de los sepulcros creo.

Tal es la realidad, la verdad pura,
y al confesarlo así, gran pena siento...
pero este valle, es valle de amargura
do á sufrir se ha venido cruel tormento.
Yo he perdido la fé ¡pobre criatura
que años de vida tan escasos cuento!
Pero al ver desengaño tan profundo
ni amo la vida, ni me importa el mundo.

Cárlos Vieyra de Abreu.

6 de Febrero de 1873.

BIBLIOGRAFÍA.

Hemos recibido un tomo de la biblioteca festiva *El Picaro Mundo*, titulado ¡*El fin del mundo!* original de D. Constantino Gil y que está llamado á alcanzar gran éxito entre la gente de buen humor y que no vacilamos en recomendar á nuestros lectores, como igualmente la adquisicion del *Almanaque mensual*, interesante publicacion que ve la luz pública en esta córte, y que por lo útil, lo ameno y lo económico ha sido recibido con la más lisonjera aceptación. No quiero terminar estas líneas sin hacer mencion del semanario de instruccion y recreo que bajo la direccion de la señorita doña Ermelinda de Ormache se publica en Santander, y cuyo anuncio verán en el lugar correspondiente.

El interesante contenido de esta publicacion, dedicada al bello sexo, en la cual aparecen firmas tan conocidas como las de la señorita Faustina Saez de Melgar, Elisa de Córdova y su directora, nos obligan á recomendarlo á nuestras simpáticas lectoras. Finalmente, el conocido editor Sr. Manero acaba de publicar en Barcelona y poner á la venta en las principales librerías de España, la novela de Paul de Kock *Amores de dos hermanas*, que como todas las que salen de la pluma del festivo escritor francés, ha obtenido el éxito más lisonjero.

REVISTA DE TEATROS.

El teatro Español, con una concurrencia numerosa y escogida que aplaude cual se merece la bella produccion dramática que con el titulo de *La Villana de Vallecas* se está representando.

Muy en breve se pondrá en escena la comedia del Sr. Fernandez San Roman, titulada *Del dicho al hecho hay gran trecho*, que tan justamente fué celebrada la noche del 2 por la brillante reunion que poblaba los salones de la señora de Riquelme, y es de esperar que tan linda obra ha de proporcionar muy buenas entradas al coliseo de la calle del Príncipe.

La lindísima comedia del Sr. Marco, *Receta matrimonial*, atrae cada noche mayor número de espectadores al elegante coliseo de la plaza del Rey.

El desempeño de la obra nada deja que desear, como igualmente ésta, que abunda en bellos pensamientos, por lo que el público llama repetidas veces al autor á la escena para prodigarle con sus aplausos el fiel testimonio de su entusiasmo.

En el teatro de Jovellanos sigue la representación de *Los Sueños de oro*, de cuya zarzuela ya nos hemos ocupado, y acerca de la cuál cuanto digamos es poco, y prueba de ello es la merecida y gran acogida que el público le dispensa.

También están trabajando en el afortunado coliseo los patinadores rusos, que son una verdadera maravilla.

El Sr. Spiller es recibido con general aplauso apenas empieza sus trabajos, y la señora Kaidée, que á su ligereza une su hermosura nada común, arranca á la multitud entusiasta pruebas inequívocas del aprecio y admiración que se la profesa.

El Sr. Arderius no podrá menos de estar satisfecho; creemos que sus *Sueños de oro* se habrán realizado, y nosotros, que estimamos al Sr. Arderius en lo que vale, nos felicitamos por ello.

El jueves 6 del actual abrió sus puertas al público el nuevo y precioso teatro que acaba de ser construido y que lleva por título *Romea*.

A juzgar por la noche de apertura, el nuevo coliseo promete verse muy concurrido. La compañía es excelente, y no dudamos que el público le dispensará la acogida de que es digna.

En el *Salon Esclava*, que sigue con su acostumbrada animación, tuvo lugar el miércoles el beneficio del Sr. Mariscal, estrenándose la comedia *Esto y aquello*, que ha obtenido un éxito muy lisonjero.

Varietades, á imitación de *Esclava*, se ve sumamente concurrido y se pasa muy agradablemente las noches.

Por último, ¿ustedes quieren saber qué hay en *Martin*? Manías.

Meñistófeles.

CHARADA.

Mi *primera* es una letra
y pronombre al mismo tiempo,
y *prima* de subjuntivo
lo es también en ciertos verbos;
en el mismo mi *segunda*
encontrarás, advirtiendo
que *tercia* es de indicativo
de singular, por supuesto.

Tercera, artículo neutro,
que fácilmente hallarás
en un loco, en un Marcelo
y en algunos nombres más.

Es el todo confusión,
enredo, embrollo... ¿qué más?
Procura no verte en él,
porque tal vez no saldrás.

M. A.

ACERTIJO.

Es mi sexo femenino,
mas es tanto mi valor,
que contengo al malhechor
y también al asesino;
diariamente camino
por debajo de la tierra,
y por la noche hago guerra
al fino y rendido amante,
que ante mí, fino y constante,
júranse amor, fé sincera.

F. A.

Soluciones á las charadas del número anterior:

1.^a

Ciertamente es muy cargante
aquel hombre mentecato,
que en sociedad se demuestra
con las mujeres PACATO.

K. y X.

2.^a

Bien puedes X dejar
á sus piés rota tu lira,
que es ROSARIO á no dudar
quien tus cánticos inspira.

Rafael Marquez de la Plata.

Por todo lo no firmado.—El *Secretario de la Redacción*.

ANTONIO NOGUEIRA Y PAVIA.

ANUNCIOS.

LA LIRA ESPAÑOLA

REVISTA LITERARIA.

Se publicará los días 10 y 25 de cada mes, en tamaño y tipos iguales á los del presente número.

Puntos de suscripción.

En la Administración, calle de San Lorenzo, núm. 5, cuarto 2.^o—En la librería de Gaspar y Roig, Príncipe, 4, Rufino Estéban, Caballero de Gracia 8, y en el almacén de papel de Barrio, Corredera Baja, 39.

Precios de suscripción.

Madrid, trimestre... 8 reales.
Provincias, idem... 10
Ultramar y extranjero... 20

NOTA. Los señores libreros de Madrid ó provincias que quieran admitir suscripciones para esta Revista, quedan autorizados para ello, abonándoseles el 20 por 100.

Director propietario

D. CARLOS VIEYRA DE ABREU.

MADRID:—1873.

IMPRENTA DE LA ASOCIACION DEL ARTE DE IMPRIMIR,
Calle del Coñmito, número, 8.